
Enfermería

LAS ETAPAS DEL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD Y SU ESTUDIO EN LA CONFERENCIA DE LA CASA BLANCA*

POR EL DR. SAMUEL M. WISHIK

Profesor de Higiene Materno-infantil, Universidad de Pittsburgh

Cuantos tuvieron la suerte de asistir a la Conferencia de la Casa Blanca sobre la Niñez y la Juventud, organizada para conmemorar el paso de la primera a la segunda mitad de nuestro siglo, llevaron consigo al término de la misma una impresión muy difícil de expresar en palabras que no parezcan copiadas, o sea una impresión, podría decirse, de democracia en acción. Lo que al principio no fué más que la reunión de un número considerable de personas procedentes de diferentes partes del país, distintos por sus intereses y actividades, se convirtió en tres días en una serie de grupos de trabajo que si no consiguieron ponerse de acuerdo en todo, prepararon una serie de informes y conclusiones altamente significativas. Uno de los rasgos más sobresalientes de la Conferencia de la Casa Blanca fué el hecho de reunir a numerosas personas, legos y profesionales de muy diversas profesiones, en torno a una causa de interés común y reduciendo a su mínima expresión el tecnicismo y la terminología especializada. En una de las sesiones se consideró especialmente esta pregunta: "¿Cuál es el caudal común de conocimientos que deben tener cuantos cuidan de la infancia, ya sean enfermeras, médicos, investigadores, pedagogos o profesionales de cualquier otra especialidad?" Esta es la tesis de este trabajo, o sea las cosas que cuantos atienden a la infancia deben saber y que pueden tener valor práctico para sus tareas.

¿Cuáles son los aspectos del desarrollo de un niño que deben aprenderse? ¿Habría que concentrarse en su mente, en su cuerpo, o en sus emociones? Al fijarse en el niño ¿cómo poder separar su cuerpo de sus emociones? Cuando tiene hambre, se muestra antojadizo o testarudo; cuando tiene sueño, irritado. A medida que el niño crece, la relación entre el cuerpo y las emociones puede ser más complicada, pero uno y otras siguen siendo inseparables. El mojar la cama, por ejemplo, no es una simple cuestión de control de la vejiga. Otro niño puede sufrir ataques

* Discurso pronunciado en la reunión bienal de Directores Estatales de Enfermería de Salud Pública y de personal de la Oficina del Niño y del Servicio de Sanidad Pública, celebrada el 4 de marzo de 1951. Traducido por la Oficina Sanitaria Panamericana y publicado con autorización del autor.

de asma al llegar los exámenes o en cualquier otro momento de preocupación. Así ocurre que el común acervo de conocimientos sobre el niño debe incluir tanto el aspecto emocional como el físico y éstos deben ser considerados conjuntamente.

Gran parte del trabajo con los niños, en particular con los de corta edad, se hace por intermedio de sus padres y muy especialmente de la madre. La eficacia de este trabajo depende naturalmente de los sentimientos de la madre, de sus creencias y de su conducta, no menos que de sus antecedentes. Existen además otros factores tales como: la influencia que ejerce la abuela en la familia, las condiciones económicas, el ambiente en el hogar y muchos más. De manera que el conocimiento general de los niños debe incluir los aspectos sociales y culturales, al igual que los físicos, mentales y emocionales. Otra circunstancia que inmediatamente viene a la imaginación es el hecho de que el niño no permanece estacionario. Su vida es un cambio continuo. Cuando creemos haber llegado a comprender a nuestro propio hijo, éste sigue adelantando y de pronto nos encontramos nosotros otra vez a la zaga. No basta, realmente, observar al niño para comprenderle porque el niño evoluciona para nosotros con excesiva rapidez y llega a la etapa siguiente antes que nosotros podamos hacer otro tanto. Para comprender a nuestro hijo o al niño que atendamos profesionalmente, el único camino es tratar de comprender antes a otros niños y aplicar luego este conocimiento a los que tenemos delante de nosotros. Esto es posible porque los niños crecen según ciertas leyes fijas. Llegan a la razón por etapas definidas en el ritmo y el tiempo de su marcha. Debido a que los niños a ciertas edades hacen más o menos ciertas cosas, es esencial saber cómo y cuándo estas cosas suelen ocurrir. ¿Cuán grande es la diferencia entre un niño y otro? El desarrollo es un proceso ordenado y aun cuando a veces confuso se ajusta a un patrón definido dentro del cual el elemento más importante es el tiempo. Lo bueno en ciertos casos es malo en otros. El solo hecho de saber que un niño ha aprendido a hacer ciertas cosas nada significa si no sabemos cuál es su edad y si la nueva actividad corresponde a su etapa de desarrollo.

En el curso de los años se han hecho muchas pruebas para describir el desarrollo de la personalidad en distintas etapas de una escala. Un profesor de universidad de Washington da a sus alumnos esta definición de la personalidad: "La personalidad es biología moldeada por la cultura". Empezamos con el cuerpo y su fisiología y le añadimos luego nuestras experiencias sociales. Freud inició sus etapas con el "id" y el "ego" al intentar describir cómo el niño llega a cierto concepto de sí mismo, hasta que interviene la sociedad y le da la conciencia del "super-ego". Ese concepto del desarrollo de la personalidad, se funda más o menos en el conflicto entre el individuo como tal y el individuo como miembro de la sociedad.

La clasificación detallada de las etapas comienza con el recién nacido, interesado solamente en él mismo. El es su propio y único mundo y lo que haya además de él, sólo será importante en cuanto le afecta. Cuando crece un poco, reconoce la existencia de otras personas que tienen importancia para él, por ejemplo, sus padres. Da entonces un paso más y comienza a interesarse por sus amigos, para pasar de allí a la etapa de adolescencia con sus "quebrantos", después a sus primeros amores y después a una existencia madura heterosexual. Esa descripción de las etapas del desarrollo de la personalidad de un niño está más o menos unida a un tema, o sea el tema de la madurez sexual y tiene que ser, por lo tanto, necesariamente unilateral.

Hay otras escalas. Una de ellas describe cómo el niño vive en estado de dependencia completa y lo pide todo porque nada puede hacer sin ayuda. Lo quiere todo cuando lo necesita y pasa después a la etapa del negativismo. "No" es una de las primeras palabras que aprende. De ahí, habiéndose puesto a prueba contra el mundo adulto, el niño empieza a ser más comprensivo y más condescendiente. De los últimos años de escuela suele hablarse como de períodos de potencialidad ya sea porque no sabemos mucho de esa etapa o quizás por la inminente erupción en la pubertad. Este tipo de escala está basado en el equilibrio entre dependencia e independencia que el niño trata de establecer.

El empleo de la palabra "escala" es afortunado debido a su analogía con la escala musical. La escala musical tiene ritmo y el progreso de un niño tiene ritmo también. Una escala musical tiene compases determinados e igualmente podemos medir los compases, o pasos en el desarrollo de la personalidad del niño. La escala tiene notas sostenidas y bemoles así como naturales, y sabemos que así ocurre también con nuestros niños. Y cuando se llega al final de una octava, ese final es el principio de otro ciclo, de igual modo que el fin de las etapas del desarrollo de un individuo es el principio de una nueva generación. Cada octava es más alta que la siguiente y ojalá que cada generación saque algún beneficio de la experiencia de la anterior. En último término, la escala musical sale de la esfera del sonido audible, así como nosotros tendemos hacia un futuro que está más allá de nuestra capacidad de previsión.

Las escalas de desarrollo de la personalidad no son más que instrumentos para ayudar a la comprensión de los niños, cada una de ellas en forma diferente para un propósito diferente también. A medida que aumentan nuestros conocimientos descartamos ciertos instrumentos para emplear otros nuevos. La escala que vamos a examinar ha sido establecida muy recientemente. No se pretende que nadie la tome al pie de la letra, como algo rígido o definitivo. Indica el lugar donde ahora estamos, el estado actual de nuestros conocimientos. No pasará mucho tiempo sin que sea necesario introducir en ella no pocas modificaciones.

Este material apareció en un folleto titulado *Selecciones del Informe*

presentado a la Conferencia de la Casa Blanca sobre la Niñez y la Juventud ("Digest of the Fact Finding Report of the Mid-Century White House Conference on Children and Youth"). El folleto se preparó antes de dicha reunión basándose en varias conferencias celebradas bajo los auspicios de la Fundación Josiah Macy, Jr. en junio y julio de 1950 y giraba, en gran parte, en torno a un libro reciente de Erik H. Erikson llamado "Niñez y Sociedad" ("Childhood and Society"). Estas conferencias fueron editadas bajo el título "Un simposio sobre la personalidad sana" ("A Symposium on the Healthy Personality") por el Dr. Milton J. E. Senn. Las personas que contribuyeron a la elaboración de esta nueva escala del desarrollo de la personalidad de los niños pertenecían a numerosas profesiones. Además de los pediatras, pedagogos, psiquiatras y otros, sociólogos y antropólogos ayudaron también a la labor con sus conocimientos de pueblos y culturas. Por tratarse de una estructura integrada por muchas disciplinas y profesiones, es probablemente el instrumento de mayor valor en su clase que haya sido elaborado hasta la fecha.

A pesar de su amplitud no se pretende que la escala comprenda todos los factores que intervienen en la formación de la personalidad. Un método dado es siempre una simplificación. Esta escala aspira a suplementar y no a substituir métodos anteriores para el análisis de la personalidad. El presente artículo tenderá a simplificar aun más, y las etapas estudiadas en las Selecciones del Informe ya mencionado se examinarán aquí en forma abreviada más bien que literal. Se presentarán seis etapas de desarrollo de la personalidad: la criatura, primer año de vida o poco más; primeros pasos, tropiezos y aventuras, segundo y tercer años; el niño preescolar de 4 y 5 años; el pequeño colegial, hasta el momento de la pubertad; el adolescente; y finalmente el adulto, después de la adolescencia. Estas etapas no están divididas por separaciones rígidas; se enlazan unas con otras. Mucho de lo que puede decirse sobre una etapa es también aplicable a las demás y, por otra parte, cada etapa es resultado y consecuencia de las precedentes.

LA CRIATURA: PRIMER AÑO DE VIDA O POCO MÁS

Para el niño de menos de un año, Erikson acuñó esta frase: "Este es el período en que se desarrolla el sentido de la confianza". Durante su primer año el niño va aprendiendo a confiar en el mundo, particularmente en aquellos que tienen la inmediata responsabilidad de atender a su cuidado. Lloro para pedir algo que necesita y su llanto le trae como respuesta aquello que le conviene y que satisface sus necesidades. Muy pronto aprende que no le hace falta llorar tan fuerte ni tan a menudo; puede tener más paciencia. Al cabo de pocos meses, el niño reconoce los signos preparatorios de la comida. Esto hará que al principio se impaciente aún más, pero no tardará en calmarse al descubrir que no

tiene por qué gritar, que las cosas llegan por sí mismas. Cuando una criatura de 9 ó 10 meses se cae, lo espera todo de su madre. ¿Debe llorar? ¿No debe llorar? Confía en que la madre sabrá si se ha lastimado. Deja que su padre haga travesuras con ella, que la aguante por ejemplo, cabeza abajo. Se deja caer desde el borde de una mesa o del diván, confiando en que su padre la recoja en sus brazos. Es atrevida; nada teme. Confía en sus padres.

Esta noción de confianza es cosa que importa saber interpretar al orientar a las madres. En la alimentación del niño, por ejemplo, existe conflicto entre los programas rígidos y el método que consiste en satisfacer las "exigencias del interesado". ¿Debe seguirse uno u otro procedimiento? En tiempos pasados, con el método del horario rígido, muchas veces el niño quedaba engañado a la hora de comer. Si tenía hambre media hora antes, no sabía si podía confiar en que serían satisfechas sus necesidades urgentes. El niño a quien le daban un biberón de 6 onzas y necesitaba uno de 7, no podía confiar en las personas a su alrededor. Con frecuencia hay que referirse a la siguiente situación en conferencias sobre salubridad infantil: Un médico prescribe, por ejemplo, una fórmula de 4 onzas y fija la próxima consulta para dentro de un mes. Cuando transcurrido el plazo le presentan nuevamente al niño, la madre dice: "Mi niño se encontró muy bien las dos primeras semanas, pero las últimas dos tuvo hambre." La enfermera da cuenta al médico y éste contesta "Muy bien, aumentaremos la fórmula." Se aumenta la fórmula. Al mes siguiente vuelve la madre y dice: "Las dos primeras semanas mi niño se encontró muy feliz; las dos últimas semanas ha tenido hambre." El médico dice: "Muy bien, aumentaremos la fórmula." Así, durante los primeros 6 u 8 meses de su vida durante cada medio mes el niño sufre desengaños y la otra mitad del mes está contento y satisfecho. ¿Por qué hay que ir siempre con dos semanas de atraso en vez de adelantarnos a las necesidades del niño, sólo por el necio temor de alimentar al niño con exceso o por cualquier otra razón hipotética? Más valiera dar un paso adelante y poner esa onza de más en el biberón para que el niño la tomara o la dejara, y así supiera que la tenía a su disposición cuando la deseara.

Ante las "exigencias del interesado" algunas personas han llegado a un extremo, tal como se abusó al principio de la "educación progresiva". El niño no aspira a una vida irregular, completamente desordenada. En realidad, necesita orden y sistema para poder cobrar confianza. Para él es muy importante saber que cuando mira en cierta dirección encuentra la puerta por donde generalmente entran la luz o las personas. Sistema y orden, un horario aproximado, una hora del día en que pueda ir a dormir, estas cosas son la verdadera base de su confianza. El niño necesita un equilibrio entre el ritmo que estima como natural, y la flexibilidad dentro de ese ritmo; no quiere estar sometido a la rigidez o la confusión. Son asimismo similares las necesidades de las madres: si algunas de ellas

saben ordenar libremente su conducta, otras prefieren ajustarla a planes definidos.

Este sentido de confianza del niño tiene que ver, aun cuando ello pueda parecer extraño, con el problema de la defensa civil. Ciudades como Washington y Nueva York que se consideran vulnerables, han tenido que preguntarse si procedía evacuar a los niños. La experiencia en Inglaterra y otros lugares ha demostrado que la separación de sus padres, al verse arrancados de su ambiente y contactos fueron de efecto más devastador para la confianza de los niños que el estrépito de las bombas. Si el peligro es real o inmediato, la opción entre la vida y la tranquilidad difícilmente podrá resolverse a favor de la última. Pero si la amenaza no es más que probable, debemos andar con cuidado antes de modificar radicalmente la vida de los niños.

Todos hemos oído hablar de instituciones y hospitales que carecen de personal adecuado donde nadie puede dar al niño el calor que necesita, ni nadie a quien pueda éste recurrir y del grado en que esto afecta el desarrollo infantil. Es fácil darse cuenta, por lo tanto, del gran valor que revisten los hogares substitutos para la infancia y el trato que en ellos se da. El niño que cambia de un hogar a otro pronto siente que no puede encariñarse con nada porque apenas lo hace no tarda en perder lo que es objeto de su cariño. En circunstancias menos anormales, no en instituciones ni hogares substitutos o en épocas de evacuación, sino en las familias corrientes, la mayoría de los niños adquieren este sentido de confianza, y la mayoría de las madres son cariñosas y maternales con sus hijos. Pero por maternal y cariñosa que pueda ser, la tarea de la madre nada tiene de fácil. Nuestro deber es ayudarla a resolver el conflicto entre sus naturales sentimientos maternales y el agobio de sentirse atada y cohibida por sus tareas. Los profesionales que sirven de guía a las madres, han de procurar, siempre que sea posible, ofrecer el consejo que mejor pueda facilitar el cumplimiento del arduo deber maternal.

Durante el primer año y en todas las demás etapas del desarrollo de la personalidad, las cosas concretas que hacemos, o que los padres hacen, tienen mucha menos importancia que la actitud general o los sentimientos que reinan en el hogar. En un estudio reciente, un número de niños emocionalmente perturbados fué comparado con otro grupo de niños que se consideraban satisfactoriamente equilibrados y se trató de comprobar si existía diferencia en el género de disciplina que prevalecía en los dos grupos de hogares de donde provenían los niños. No existía diferencia perceptible en el régimen a que los niños estaban sometidos. Algunos de los niños desequilibrados procedían de hogares con una disciplina muy estricta o insuficiente y a algunos de los niños equilibrados les ocurría otro tanto. La disciplina estricta o el extremo opuesto no importaban tanto como el ambiente en el cual se ejercía esta disciplina. Es esencial hacerlo destacar porque médicos y enfermeras adoptan algunas veces con tanto fervor tal o cual nuevo sistema o método de

crianza que tratan de imponer a los padres el empleo de procedimientos que ellos mismos sólo acaban de adquirir. Si esto se hace con suficiente fuerza, los padres obedecerán aun cuando se trate de algo contrario a sus sentimientos o su modo de ver. Pero cuando los padres emplean una técnica con la cual no están íntimamente conformes pierden la confianza en sí mismos. "Esta no es la forma en que yo lo haría", piensan, "no obstante lo haré como me indican; no debo ser un buen padre, por lo tanto." Un padre sin confianza hace que su hijo se críe sin ella. Con todo el esfuerzo que en las últimas dos décadas se ha puesto en enseñar a los padres a criar a sus hijos, cabe preguntarnos si se ha conseguido que aumentaran su confianza en sí mismos, como individuos y como padres. En muchos casos, parece haber ocurrido lo contrario. Temen usar su propio juicio, y se sienten obligados a buscar el respaldo de otra autoridad antes de tomar cualquier decisión.

PRIMEROS PASOS, TROPIEZOS Y AVENTURAS EN EL SEGUNDO Y TERCER AÑOS

El niño de 2 ó 3 años de edad ha desarrollado su confianza en aquellos que le rodean y sobre esta base llega ahora a ser una persona por sí mismo. Erikson llama a ese estado "la etapa de la autonomía". Es cuando el niño adquiere el valor necesario para ir adelante. ¿Cómo llega una persona a adquirir la sensación de que es una persona, que tiene el valor para hacer las cosas por sí misma, sin depender de los demás? Naturalmente, tomando decisiones. El niño tiene que tomar decisiones por sí mismo y no dejar que los demás las tomen por él.

Desde nuestro punto de vista, no se trata de decisiones graves. Es de todos conocida la anécdota del enfermo que se quejaba al psiquiatra de la tensión nerviosa que sufría y de la necesidad de cambiar de empleo porque su trabajo le martirizaba. Cuando el psiquiatra le preguntó: "¿Cuál es su trabajo?" el enfermo dijo: "Consiste en estar sentado en una silla y cuando una correa que conduce naranjas pasa delante de mí, yo pongo las pequeñas en una caja, las medianas en otra y las grandes en otra". El psiquiatra le contestó: "Ese es un trabajo muy descansado. ¿Qué es lo que le perturba a usted?" a lo que el enfermo contestó: "Paso el día entero tomando decisiones". En la misma forma, las decisiones del niño podrán parecernos poco importantes a nosotros, pero cada una de ellas le da a él oportunidad de seleccionar. El niño decide que ha de caminar cuando se siente capacitado para ello. Decide hablar cuando quiere hablar.

Sus selecciones coinciden con el aprendizaje de cosas nuevas, tales como hablar y andar. A medida que va desarrollando nuevas aptitudes corporales y mentales nace dentro de él la apremiante necesidad de emplearlas. Tiene que emplearlas. Están a su alcance y las pone a prueba. Entra en todo sin discriminación y es entonces cuando se ponen a salvo los regalos de boda, quitándolos de su alcance, y substituyéndolos por

cosas que le convengan para jugar con ellas, romperlas, tirarlas o morderlas. Por supuesto nadie piensa en suprimirle esas oportunidades.

Una disciplina rígida en esta temprana etapa es perjudicial para su capacidad de selección y decisión. El temprano adiestramiento en el uso del retrete, por ejemplo, lo priva de decidir algo muy importante para él ¿debe o no debe usar el asiento del retrete? Es muy corriente la escena que vamos a describir. Los pequeñuelos de más o menos 18 meses de edad exasperan con frecuencia a la madre al plantarse de pronto en medio de la sala, para orinar tranquilamente sobre la alfombra y observar como va cayendo el líquido. La madre se quejará afirmando que el pequeño sabe lo que está haciendo y dispone de una palabra para expresar esa necesidad. Sin embargo, sólo avisa después de cometer la fechoría. ¿Por qué no me lo dice antes en lugar de hacerlo justamente después? Se trata de un caso de decisión personal. La madre no llega a darse cuenta de que el niño comienza por decirlo cuando ya lo ha hecho; que luego lo dice mientras lo hace, y que pronto se lo dirá antes de hacerlo. El pequeño señala a la madre lo que ha sucedido en la marcha hacia la última solución, pero la madre no ha comprendido que ciertas aptitudes no se desarrollan paralelamente. El hecho de que él haya aprendido una palabra no significa que pueda controlar la vejiga. Las dos cosas no van forzosamente juntas. La madre naturalmente imagina que si él sabe lo que está haciendo, debe ser también capaz de conducirse en forma apropiada.

El niño a esa edad continuará haciéndolo todo muy bien y de pronto, por un tiempo, querrá comer ciertas cosas que de un día para otro rechazará y no será posible hacer que vuelva a comerlas en varios meses. Es la época de los caprichos con las comidas. Elige y prueba las cosas para aceptarlas o rechazarlas. Un niño puede haber aprendido a usar el retrete y de pronto, por algunas semanas parece haberlo olvidado, pero en la misma forma repentina recobra el hábito otra vez. En cierto sentido habrá pensado para sí: "Lo he probado y lo puedo hacer de esta forma si quiero. Pero volveré a hacerlo como antes una vez más". Según su propio ritmo, el niño va progresando.

En esta etapa, son infinitas las selecciones que el niño puede hacer durante el día. Ya que generalmente no son muy importantes, los padres deben tratar de dejar al niño que tome sus decisiones. Por ejemplo, el padre y el niño tienen que pasar alrededor de una mesa para ir al otro lado del cuarto. El padre va por un lado y el niño por otro. El padre dirá: "Ven por este lado," e insistirá para que el niño vaya con él. ¿Por qué? Probablemente porque es más difícil para nosotros cambiar de rumbo después de echar a andar. ¿Pero es esto importante? No lo es. Entonces no hay razón para que no vayamos por el camino que el niño escogió. La pequeña niña de tres años pedirá el vestido azul en vez del rosa. Si no es un vestido de fiesta y si no es muy inadecuado para la ocasión,

la selección de la niña debe ser respetada aunque la madre se levantara aquella mañana con la intención de ponerle el vestido rosa.

Esto no significa que haya que dejarles la elección en todo caso o abrir un ropero, por ejemplo, y obligar al niño a elegir entre 20 vestidos. Para un niño de corta edad esa decisión puede ser demasiado difícil. Sin embargo, cuando el niño muestra una preferencia y la cosa no es importante, debe dejársele la iniciativa. No obstante, cuando la cosa es de importancia, debemos nosotros elegir por él aunque para ello haya que imponerse. No siempre podremos explicar el por qué de un modo dado de hacer las cosas. Si nos mantenemos firmes, el niño llegará a conocer sus límites. Aprender cuáles son sus límites es la fórmula que le permite avanzar con decisión. El niño puede obrar sin gran temor porque las gentes que lo rodean son más fuertes que él y lo detendrán si va muy lejos.

Lo opuesto al desarrollo del sentido del valor propio y del valor para hacer las cosas en esta etapa han sido descritos en el Informe de la Conferencia anteriormente mencionado, como un "sentimiento de vergüenza". Si el niño no desarrolla el sentimiento de que él puede tomar sus propias decisiones, llegará a convertirse en un ser de poco valor y se avergonzará de sí mismo. En distintas partes del mundo, especialmente entre los pueblos primitivos, es corriente avergonzar a los niños para disciplinarlos.

Sentado en la mesa de examen de una clínica de pediatría, un niño se orinó un día en la sábana que cubría la mesa. Al verlo la madre se sonrió avergonzada y pasando los dedos por el charco dijo: "Mire lo que ha hecho." Aquella madre estaba avergonzada porque temía oír algún reproche del médico, pero su gesto era un gesto de amor a su hijo y la demostración de que se avergonzaba por su culpa. ¿Por qué los profesionales hacen que los padres se sientan avergonzados? ¿Cuál es la causa de que se impongan falsas normas a los padres? ¿Por qué las madres dan a los médicos y a las enfermeras las respuestas que ellos creen que estos esperan? ¿Por qué, en los días en que regían las normas rígidas, las madres añadían una o dos onzas a la alimentación de los niños, pero no querían mencionarlo? Porque creían obrar mal y que podían ofender al médico o a la enfermera. Los profesionales están en la posición de ayudar a cimentar la dignidad de los padres, a fin de que los hijos a su vez puedan desarrollar el sentimiento de su propio valor y el temple necesario para enfrentarse con la vida.

No suele prestarse atención suficiente al niño que gatea y comienza a andar. Nos hemos concentrado mayormente en la observación y cuidado del niño durante su primer año de vida y luego durante su edad escolar. Las guarderías y escuelas para niños de corta edad están dando cada día mayor atención al niño de edad preescolar, pero el período comprendido entre esta edad y la infancia sigue estando todavía más o menos

descuidado. Cuando se ha terminado con la serie de inmunizaciones las madres dejan de llevar a sus niños al médico o a las consultas sobre la salud infantil porque su hijo come ya con regularidad y creen que no hay nada más que hacer. ¿Qué se les puede ofrecer a los padres durante esta etapa? Una filosofía sobre el modo de criar a los niños podría destacar el hecho de que este es un período de estímulo positivo y no de tolerancia pasiva. Es el momento en que puede ayudarse al niño a darse cuenta de su derecho de escoger. No se trata de anticiparse a todo lo que él va a hacer, sus pasos o ideas, para entonces hacerlo por él. Hay que dejar que cometa algunos errores. Y tanto en esta como en todas las demás etapas del desarrollo del niño, lejos de humillarle, hay que tratar de fomentar en el niño el respeto a la propia persona y el sentimiento de su dignidad.

EL NIÑO PREESCOLAR DE 4 A 5 AÑOS DE EDAD

El niño ha desarrollado su confianza en el primer año de su vida y luego el sentimiento de que podía tomar decisiones y de ser una persona por derecho propio. Es cuando el niño adquiere lo que Erikson llama "un sentido de iniciativa" y entra en lo que podríamos llamar un período de exploración. En este período, el niño es un experimentador. Sigue su marcha, confiado en sus nuevas capacidades. Pero no ha aprendido todavía lo que es capaz o no de hacer y esto es causa de que, en gran parte, sea este un período de fracasos. Generalmente, no consigue hacer la primera vez lo que trataba de hacer, pero después, de repente, logra su propósito. Es en suma la edad en que los fracasos se vuelven éxitos después de repetidos esfuerzos.

Es natural que los fracasos sean manifiestos y que algunas veces puedan interpretarse como malas acciones. El niño no solamente pasa del fracaso al éxito; va en busca de sus propios límites. No trata de hacer mal, sino de saber hasta dónde puede llegar dentro de sus propias capacidades y hasta dónde se le permite llegar. Es preciso, por lo tanto, indicarle hasta dónde puede llegar y detenerlo en ese punto. Este tipo de disciplina consiste en informar al niño sobre sus límites más bien que en castigarlo por haber tratado de propasarse. La primera vez que el niño hace algo que nosotros consideremos mal hecho, probablemente porque trata de averiguar si lo que hace está mal o bien, y nosotros debemos decirselo. Únicamente después de repetidos avisos y cuando es evidente que él tiene ya una idea del bien o del mal según el concepto que prevalece en la familia y en la sociedad, debe el factor castigo entrar en la disciplina. En la etapa a que nos referimos importa enseñar en vez de castigar.

Durante este período los niños experimentan muchos fracasos y, por lo tanto, necesitan compensarlos con algunos éxitos y estímulos. Sus ansias de éxito son tan grandes que llegan a veces a ser desleales en las competencias. Cuando toman parte en un juego, quieren ganar. Cuando

el padre juega con un hijo de esta edad, debe hacer trampas de vez en cuando para que el niño gane, ya que éste en realidad tiene más interés en ganar el juego y derrotar al padre que en la misma diversión que proporciona el juego. Esta actitud se observa especialmente entre los niños físicamente incapacitados tanto durante esta edad como en cualquier otra. En nuestras relaciones con esta clase de niños, cuyos engaños y fracasos son tantos, debemos tratar de proporcionarles oportunidades de éxito mediante trabajos o labores cuya realización satisfactoria esté al alcance de sus capacidades; de este modo se darán mejor cuenta de sus progresos y de los éxitos que consiguieren.

A los cuatro y cinco años de edad, los niños se inmiscuyen en todo. El Informe de que estamos tratando describe esta edad como el "período de intrusión". "Existe la intrusión por ataque físico contra otras personas..." (Un niño así puede agotar la paciencia de tres personas mayores.) También existe la intrusión "en la mente y el oído de otros a fuerza de gritos y desplantes" (chillan en vez de hablar). Asimismo "hay intrusión en el espacio por movimientos desordenados". (En lugar de andar saltan y hacen cabriolas hasta el punto de que los vecinos de abajo se preguntan por qué no cubre uno el piso con un alfombra más gruesa. Y por último, "... intrusión por incesante curiosidad en el campo de lo desconocido". (Recientemente se ha calculado que el niño de 4 ó 5 años de edad pronuncia diariamente 10,000 palabras y hace 400 preguntas.)

¿Cuáles son los factores principales del cuidado que debe proporcionarse a los niños de 4 ó 5 años de edad? En primer lugar necesitan amplio espacio para juegos y la orientación inteligente en los problemas naturales de esa edad. La guardería es un factor de valor inestimable porque alivia a la madre en el cuidado del niño, sirve de válvula de escape a la inagotable energía de éste y le ofrece oportunidades de investigación y además, bajo la dirección experta de personal adiestrado, aprende que sus actividades y deseos tienen límites razonables.

EL NIÑO DE EDAD ESCOLAR: DESDE QUE EMPIEZA A IR A LA ESCUELA HASTA LA PUBERTAD

El período de los 6 a los 12 años es de tranquilidad relativa y suele llamarse el período latente. Resulta comparativamente tranquilo en el sentido de que las travesuras de esta edad causan menos molestias a los padres comparadas con las de etapas precedentes. El niño posee inmensa energía interna y gran actividad externa, que Erikson califica como el desarrollo de "un sentido de trabajo". El Informe sobre Encuestas (Fact Finding Report) se refiere a este período como "la etapa de realizaciones". Cualquiera que sea el nombre que se le dé, este período se caracteriza por el adelanto en la adquisición de nuevos conocimientos y de nuevas habilidades o aptitudes. El niño está aprendiendo mucho; adquiere conocimientos sobre el mundo que lo rodea; trata de averi-

guar hasta donde llega su poder. En el hogar, se convierte en el pequeño ayudante o auxiliar de la madre; en la escuela saca el mayor provecho de la educación individualizada que si bien le asigna tareas que están a su alcance, ponen a prueba su capacidad y le sirven de estímulo.

Por otra parte, el niño físicamente incapacitado, como el niño normal, necesita oportunidad para realizar algo. Al llegar a la edad en que suele empezarse a trabajar le aguardan demasiados proyectos de orientación y ayuda. No debemos esperar hasta entonces. Entre los seis y doce años de edad, debe inculcársele que está capacitado para realizar algo; de este modo, al llegar a la edad en que es natural que piense en trabajar tendrá el interés y la confianza en sí mismo para desempeñar sus funciones.

EL ADOLESCENTE

En el folleto de la Conferencia de la Casa Blanca, este período se denomina "de desarrollo del sentido de identidad". Pudiera calificarse como un período de reorientación debido a que el niño desde sus primeros años empezó a considerarse a sí mismo como persona. De repente se encuentra con que ocupa un nuevo lugar en el mundo de los adultos, enfrentándose con la incógnita que es el futuro. En esta etapa los cambios físicos, el desarrollo mental y la madurez emocional ocurren tan rápidamente que él mismo se desconoce. Necesita familiarizarse con la evolución que en él tiene lugar en el transcurso de períodos de dos o tres meses.

Los adolescentes se preocupan por su apariencia ante otras personas. Se sienten más contentos cuando pasan desapercibidos con los demás. Por esta razón insisten en la uniformidad y siguen las mismas modas en cuanto a ropas, lenguaje, amaneramiento y actividades. Los adolescentes siguen modas o estilos sin importarles la opinión de los mayores. Del mismo modo que la uniformidad los hace sentirse mejor, se muestran intransigentes con los que se desvían de la fórmula. Durante este período echan raíces los prejuicios. Entre los 13 y los 19 años los jóvenes suelen ser intolerantes para con los que no pertenecen a su "clan". y naturalmente los de la minoría se sienten fuera de lugar. Frente a esta situación, debemos aceptar sin reservas sus llamativas modas y costumbres siempre que sean inofensivas, y al mismo tiempo estar atentos a los peligros que encierra la uniformidad. En su afán de conformarse a los cánones del grupo, el adolescente llega hasta aceptar la influencia que esto pueda ejercer sobre su propio código moral resultado, en parte, de la orientación recibida en el hogar. La coacción del grupo es peligrosa en lo que se refiere a la cuestión sexual, narcomanía y otras desviaciones sociales. Los más tímidos siguen a los más osados simplemente porque eso es lo que se espera de ellos.

Por otro lado, es posible aprovechar la conducta del grupo para fines de orientación. En la ciudad de Nueva York se está desarrollando un programa interesante entre algunas pandillas del barrio de Harlem.

Algunos miembros de estas pandillas portan armas de fuego y distan mucho de ser simples muchachos traviosos. La Junta para la Juventud de la Ciudad de Nueva York destaca a estas zonas urbanas a ciertos individuos que designa con el nombre de "trabajadores destacados", los que se ponen en contacto con las pandillas y les informan que son trabajadores sociales encargados de investigar la manera de satisfacer las necesidades del grupo. Gradualmente las pandillas están desapareciendo de las calles y acudiendo a los centros culturales. Durante el verano se organizan excursiones diarias en ómnibus, en las que participan jóvenes de los grupos negro, puertorriqueño e italiano que viajan juntos en el mismo ómnibus. En la primera excursión, los puertorriqueños se sientan en un lado y los de la raza negra en el otro. Durante la segunda excursión ya empiezan a mezclarse y en la tercera, se han olvidado las diferencias y hasta hacen planes para reunirse. En realidad es muy sencillo aprovechar los intereses comunes del grupo para poder ejercer orientación constructiva. Para el adolescente las actividades recreativas son de vital importancia. Si tuviéramos que señalar la falta más grave de nuestras actividades en pro de nuestros hijos, mencionaríamos la falta de oportunidades de recreo para los adolescentes, sobre todo en las zonas urbanas.

El adolescente se preocupa de su cuerpo y suele ser víctima de la hipocondría. Cuando aprende cuáles son los síntomas de una enfermedad, se imagina que la tiene. Debido a sus preocupaciones respecto a su cuerpo, suele buscar consejo voluntariamente en el Servicio de Higiene Escolar. El médico y la enfermera encargados de este servicio, pueden hacer mucho bien con sus consejos, si saben aprovechar las oportunidades.

EL ADULTO

En el folleto sobre la Conferencia de la Casa Blanca se mencionan tres etapas después de la adolescencia, no muy definidas ya que cada una se proyecta en la siguiente. Juntas constituyen los períodos de crecimientos que conducen a la edad adulta y a la madurez del individuo. En esta época el individuo aprende a compenetrarse con los demás, primeramente a través de los "enamoramientos y romances juveniles", y más adelante empieza a sentirse apto para la paternidad, sentimiento que no surge inmediatamente después de la pubertad, y a veces ni aun cuando se haya llegado a la primera juventud. No existe edad determinada en la que todos los individuos empiecen a sentir el deseo de la paternidad y se encuentran capaces de asumir las responsabilidades de la misma. En realidad, muchas veces este deseo y esta capacidad no llegan hasta después del matrimonio. Frecuentemente se censura a la madre o al padre que rehuye los niños. Sin embargo, si esta repudiación llega a considerarse en términos de la madurez del adulto (el padre o la madre en cuestión, preescindiendo de la edad que tenga, no ha alcanzado el suficiente desarrollo para aceptar las responsabilidades de la paterni-

dad), entonces seremos menos severos al juzgar y tal vez más indulgentes al condenar. El plan de estudios de segunda enseñanza debiera incluir temas destinados a educar a los jóvenes estudiantes de ambos sexos sobre la vida de familia, ya que así posiblemente se contribuiría a la comprensión de sí mismos más temprano en la vida.

Frecuentemente el joven adulto aprende a sentir la capacidad para la paternidad comenzando por evaluar o apreciar de nuevo las cualidades de sus propios padres. Durante su adolescencia se rebeló contra los mayores, especialmente contra sus propios padres. "Mamá y papá no saben nada; pero hay alguien que sí sabe". Poco tiempo después el adulto llega a dominar su rebelión y vuelve a sentir admiración por sus padres. Esto es más dramático entre los hijos de la primera generación de inmigrantes. Al principio el adolescente se avergüenza de las diferencias de idioma, comida y otras costumbres extranjeras de su familia. Pero cuando llega a los 25 ó más años de edad, entonces suele interesarse en la riqueza cultural de sus antepasados. Es entonces cuando descubre nuevos valores en sus padres y empieza a respetar sus opiniones.

Esta situación coincide con el período en que nace la nueva generación. La joven madre que recurre ahora a su propia madre con mayor sentimiento de respeto, tiene un nuevo nene que criar. Es aquí donde frecuentemente el trabajador profesional se interpone entre madre e hija. El desacreditar las teorías de los abuelos declarando que son anticuadas y que todo lo recomendado por ellos es erróneo, redundante en detrimento de los nuevos sentimientos de respeto que la joven madre ha empezado a sentir por su propia madre. Esta es una práctica destructiva que debe evitarse.

Si se observa al individuo a medida que pasa por las distintas etapas del desarrollo de su personalidad, desde su nacimiento hasta la madurez, se podrán señalar mejor algunos de los puntos de orientación que la salud pública está tomando o que pudiera tomar en el futuro para facilitar la aplicación de los conceptos en las diversas edades. El problema concierne a los trabajadores de todas las profesiones dedicados al servicio de la infancia y su solución requiere la cooperación más estrecha entre todas las ramas de los conocimientos humanos. Debe existir un núcleo común de conocimientos acerca de la infancia y estar listos para aprovechar la experiencia de los otros. Resulta imposible y absurdo atribuir un cuerpo de doctrinas y un grupo de aptitudes en forma exclusiva a una u otra profesión. Cada vez es mayor la tendencia y debe ser mayor la interrelación, ayuda mutua e intercambio de materias entre cada una de ellas. Por ejemplo, el maestro de escuela puede aprender muchas nociones acerca de los servicios de sanidad a través de la enfermera de salud pública y ésta puede adquirir conocimientos sobre las técnicas de la entrevista de la visitadora social.

La enseñanza tradicional de las profesiones de la medicina y la enfermería se concentra en los puntos puramente científicos y dedica muy

poca atención a métodos o técnicas. La mayor parte de estos profesionales han tenido poca o ninguna orientación sobre la importancia de la relación personal de la entrevista entre ellos y otro individuo.

Los resultados de tales omisiones se ponen de manifiesto diariamente. Por ejemplo, en una clínica de higiene infantil una madre preocupada le pregunta al pediatra sobre una mancha que su nene tiene en la cara; el médico, sabiendo que el asunto no tiene importancia y que la mancha desaparecerá dentro de uno o dos días, contesta simplemente "eso no es nada". Más tarde, cuando la madre habla con la enfermera, se le saltan las lágrimas y confiesa que estaba muy preocupada por la mancha. Cuando la enfermera le pregunta si ha consultado con el médico, la madre contesta: "sí, ya le hablé, pero él no se interesó y yo temo que esta mancha sea algo grave".

Hace poco ocurrió otro caso en un centro de higiene infantil. El padre y la madre acompañados de la abuela trajeron a la consulta a su hijo recién nacido. Cuando el médico preguntó "¿cómo está el nene?", la abuela dijo que el niño "brincaba". El médico siguió hablando sobre el jugo de naranja y otros aspectos de la alimentación, sin poner atención a la información de que el niño brincaba. Sabía que todos los niños normales de dos meses poseen un fuerte reflejo nervioso cuando se asustan, lo cual preocupa frecuentemente a las madres. En este caso no se reconoció ni se pensó en la posibilidad de que hubiera otros factores importantes. Más tarde se supo que tanto el padre como el nene padecían de epilepsia y que la abuela se había opuesto al matrimonio y a que tuvieran hijos, y que, además, toda la familia estaba preocupada esperando el primer ataque del nene. La queja de la abuela al respecto de que el recién nacido brincaba, no fué aprovechada por el médico como una buena oportunidad para dar consejos adecuados. Lo mismo ocurrió en el caso anterior; el médico no ofreció los consejos necesarios a la madre preocupada por la mancha en la cara de su niño.

Nosotros los médicos y enfermeras tenemos la tendencia a dar valor o importancia a los problemas de acuerdo con la trascendencia de los mismos en lo que respecta a la medicina. Ofrecemos una explicación o contestación detallada cuando el asunto es de importancia desde el punto de vista médico. Si no nos interesa en este sentido, no damos contestación alguna. Sin embargo, deberíamos prestarle atención teniendo en cuenta la importancia que tiene para el que interroga. Aunque una pregunta nos parezca tonta desde el punto de vista médico, tal vez sea una cuestión de suma importancia para la madre y por lo tanto merece una meditada contestación apropiada al caso.

En el transcurso de una entrevista con la madre, el médico o la enfermera tiene ciertos puntos que tratar, los cuales expone a pesar de la limitada cantidad de temas que una persona puede captar o retener en una visita. Si la enfermera durante una entrevista con la madre se limita a tratar sobre una actitud o sobre uno o dos temas y no cubre

todas las fases que parecen tener relación ¿acaso ha fracasado o es que ha ganado algo?

La descripción detallada de las distintas etapas del desarrollo de la personalidad constituye un estudio de carácter democrático y una manera de destacar la dignidad del individuo. Un método para enfocar la tarea de una manera democrática en el trabajo profesional, consiste en la técnica de colaboración en grupo, tan plausiblemente demostrada por la Conferencia de la Casa Blanca. Existen numerosas oportunidades en los trabajos de salud pública para practicar la cooperación en grupo. Por ejemplo, en las clínicas prenatales las madres podrían reunirse en pequeños grupos y discutir sus problemas bajo orientación facultativa. Generalmente una madre cree más a otra madre que al mismo médico. El médico o la enfermera pueden repetir una y otra vez lo mismo sin resultado alguno, y en cambio al oírlo de otra madre, lo aceptan en el acto. Los hospitales de maternidad podrían ofrecer a las madres durante el período ambulatorio posterior al parto, una oportunidad de reunirse en grupos para cambiar impresiones. En los centros de niños prematuros, donde las criaturas permanecen uno o dos meses después que la madre sale del hospital, hay oportunidad para que los grupos de madres aprendan todo lo relativo al cuidado de estas criaturas y para que expresen sus temores antes de llevar a sus hijos para sus respectivos hogares. Las agencias de hogares sustitutos pueden fomentar la reunión de madres de crianza como medida educativa de gran eficacia. Durante las horas de visita de los hospitales, podría hacerse mucho para ayudar a los padres de los niños que han sido hospitalizados por padecer de enfermedades crónicas.

Las diversas materias aquí expuestas constituyen un estímulo, o más bien un desafío, para la salud pública debido a que el logro de las finalidades implica cambios básicos. Todo cambio de importancia requiere formación y adiestramiento del personal. Los administradores de los departamentos de salubridad deben enfrentarse con el problema de determinar cuánto tiempo debe dedicar a su adiestramiento el personal ya empleado que no posee la preparación adecuada. Una vez determinado este punto, los programas de formación del personal deberán incluir los principales elementos del método de enseñanza en grupos y también un sistema profesional múltiple. Las actividades de salud pública deberán desenvolverse en estrecha relación con los hospitales; asimismo, el adiestramiento del personal sanitario debe ofrecerse en combinación con las escuelas profesionales. Los principios de la enseñanza de graduados deben tomarse en cuenta también en los planes básicos de los estudios profesionales; de este modo las futuras generaciones de trabajadores profesionales llegarán a familiarizarse con estos principios.

Las personas que comprenden a los niños, también comprenden a los adultos y tienen más oportunidad de conocerse a sí mismos. Son además profesionales más capacitados y por lo tanto mejores ciudadanos.